

nuestros trages europeos y de nuestra lengua estrangera, pero familiarizándose pronto y viniendo graciosamente á tender su cuello á nuestras caricias y á las palmadas que les dábamos en el cuello. Es cosa increíble la movilidad y la transparencia de la fisonomía de esos caballos cuando no se ha visto : todos los pensamientos se pintan en sus ojos y en el movimiento convulsivo de sus sienes, de sus labios, de su nariz, con tanta evidencia, con tanto caracter y movilidad como las impresiones del alma en el rostro de un niño. Cuando nos acercábamos á ellos por primera vez, hacian visages y gestos de repugnancia y curiosidad en un todo semejantes á los que hubiera podido hacer un hombre de impresiones vivas á la vista de un objeto imprevisto é inquietador ; nuestro language sobre todo les chocaba en extremo, y el movimiento de sus orejas aguzadas y echadas hácia atras ó tendidas hácia adelante, manifestaba su sorpresa y su inquietud : — lo que mas me admiró fué varias yeguas sin precio, reservadas para el mismo emir. Hice proponer por mi dragoman al escudero hasta diez mil piastras por una de las mas bonitas, pero por ningun precio se le decide á un Arabe á deshacerse de una yegua de primera sangre, y nada pude comprar entonces.

Volvimos al anochechar á nuestra habitacion,

adonde nos llevaron una cena semejante á la comida : varios oficiales del emir fueron á visitarnos de parte suya, y M. Bertrand, su primer médico, pasó la noche con nosotros. Gracias á un poco de italiano y de francés que habia conservado del recuerdo de su familia, pudimos conversar, y nos dió los mas interesantes pormenores acerca de la vida interior del emir de los drusos. Este príncipe, aunque de edad de setenta y dos años, habiendo perdido recientemente á su primera esposa á quien debia toda su fortuna, acababa de contraer segundas nupcias : sentimos no poder ver á su nueva muger, que es, segun dicen, muy hermosa, y no tiene mas que quince años ; es una esclava Circasiana que el emir envió á comprar á Constantinopla, y á quien ha hecho abrazar el cristianismo antes de casarse con ella, porque el emir Beschir es cristiano y aun católico, ó mas bien, es como la ley en todos los paises de tolerancia, es de todos los cultos oficiales de su pais ; musulman para los musulmanes, druso para los drusos, cristiano para los cristianos. En su palacio hay varias mezquitas y una iglesia ; pero hace algunos años, su religion de familia, la religion de su corazon, es el catolicismo. Su política y el terror que inspira su nombre son tales, que su fe cristiana no causa ni desconfianza ni despego á los Arabes mu-

sulmanes, á los Drusos ni á los Metualis que viven bajo su imperio; á todos administra justicia, y todos le respetan igualmente.

Acabada la cena, el emir nos envió algunos de sus músicos y de sus cantores que improvisaron versos árabes en honor nuestro. El emir tiene entre sus servidores algunos Arabes únicamente consagrados á esta especie de ceremonias, que son exactamente lo que eran los trovadores en los castillos de la edad media, ó en Escocia los poetas populares. En pie detras del almohadon del emir ó de sus hijos mientras comen, cantan versos en alabanza de los amos á quienes sirven ó de los huéspedes á quienes el emir quiere agasajar. Hicimos que nos tradujese M. Bertrand algunos de aquellos brindis poéticos, que eran en general muy insignificantes ó de pensamientos tan alambicados, que seria imposible traducirlos en ideas é imágenes apropiadas á nuestras lenguas de Europa.

Hé aquí el único pensamiento algo claro que hallo anotado en mi album :

« Vuestro bajel tenia alas, pero el caballo del
« Arabe tiene alas tambien : su nariz, cuando
« vuela por nuestras montañas, forma el rumor
« del viento en las velas del buque. El movimiento de su rápido galope es como el balance

« para el corazon de los débiles, pero regocija el
« corazon del Arabe. ¡ Ojalá sean para vos sus
« lomos un puesto de honor y os lleven con frecuencia al divan del emir ! »

Entre los secretarios del emir hallé entonces uno de los mas grandes poetas de la Arabia ; yo lo ignoraba, y solo mas adelante lo he sabido. Cuando supo por otros Arabes de Siria que yo tambien era poeta en Europa, me escribió versos siempre impregnados de aquella afectacion y de aquel esmerado estudio, siempre echados á perder por aquellos retruécanos que son el caracter de las lenguas y de las civilizaciones decrepitas, pero en los que se percibe no obstante una grande elevacion de ingenio y un orden de ideas muy superior á lo que nos figuramos en Europa.

Dormimos toda la noche sobre almohadones del divan tendidos sobre una estera, al rumor de los surtidores que murmuraban por todas partes en los jardines, en los patios y en las salas de aquella ala del palacio. Cuando amaneció, ví por entre las rejas á varios musulmanes que estaban haciendo oracion en el gran patio del palacio : tienden una alfombra en el suelo, para no estar en contacto con el polvo ; están un momento de pie, luego inclinan todo el cuerpo de

una vez, y tocan varias veces la alfombra con la frente, siempre vuelta la cara del lado de la mezquita; luego se echan boca abajo sobre la alfombra, golpean el suelo con la frente, se levantan y repiten muchas veces las mismas ceremonias, volviendo á las mismas actitudes y murmurando sus oraciones. Nunca he podido hallar ni aun asomos de ridiculez en esas actitudes ni en esas ceremonias, por mas estrañas que le parezcan á nuestra ignorancia. La fisonomía de los Musulmanes está á tal punto penetrada del sentimiento religioso que espresan con aquellos ademanes, que siempre he respetado profundamente su oracion; el motivo lo santifica todo. Adonde quiera que la idea divina descende y obra en el hombre, le imprime una dignidad sobrehumana. Se puede decir:

— Yo no imploro como tú, pero imploro contigo al padre comun, al padre en quien crees y á quien quieres reconocer y honrar, como tú quiero reconocerle y honrarle bajo otra forma. No me toca á mí reirme de tí; á Dios le toca juzgarnos.

Pasamos la mañana visitando los palacios de los hijos del emir, que están á corta distancia del suyo, una pequeña iglesia gótica, en un todo semejante á nuestras iglesias modernas de los lugares de Francia ó de Italia, y los jardines del

palacio. El emir Beschir ha hecho construir otro palacio de campo á cosa de una milla de Dptedin, que es casi el único término de sus paseos á caballo, y casi el único camino por donde un caballo, aunque sea árabe, puede galopar sin peligro; por todos los demas lados, los senderos que conducen á Dptedin son tan escarpados y están tan suspendidos á la vera de inmensos despeñaderos que no se puede pasar por ellos, ni aun al paso, sin temblar.

Antes de salir de Dptedin y de Deir-el-Kammar, escribo unas notas verídicas y curiosas que he recogido en estos mismos sitios, relativas al anciano habil y guerrero que acabamos de ver.

.....

NOTAS ACERCA DEL EMIR BESCHIR.

Cuando murió el último descendiente del emir Fakardin, el mando de la montaña pasó á manos de la familia Chab, familia que no se halla establecida en el Líbano mas que desde cosa de unos ciento diez años á esta parte. Veamos lo que cuentan de ella las antiguas crónicas árabes del desierto de Damasco.

Hácia principios del primer siglo de la egira,